

El Cid Campeador, el mito que devoró al personaje

JOSÉ MARÍA PLAZA

Universal. Los tres personajes españoles más conocidos en el mundo son **don Quijote, don Juan Tenorio y el Cid Campeador**, y de todos ellos sólo uno existió en la realidad: Rodrigo Díaz de Vivar, el guerrero medieval por excelencia, el mejor caballero. Y así se le puede caracterizar: **duro (y hasta cruel) en la guerra, benigno y tolerante en la paz** y muy preocupado por cuidar a los suyos, a su mesnada, a ese grupo de hombres fieles que formaba su ejército particular y que fue, literalmente, invencible. Nadie, ni cristianos ni moros, pudo derrotarlo.



La leyenda. Fueron tales las hazañas de Rodrigo Díaz que, ya en vida, las cantaban los juglares, convirtiéndose en un héroe, querido por el pueblo y temido por el enemigo. **Ejércitos que les triplicaban en número**, como el del conde de Barcelona, se dieron media vuelta al saber que el Campeador y sus hombres aceptaban frontalmente la batalla. El Cid ha inspirado novelas y obras de teatro en Europa. La creación más importante es el *Poema (o Cantar) de Mio Cid*, cuya primera edición apareció en 1207.

Equívocos. La popularidad del *Poema de Mio Cid* fue tal que ha contribuido a que **se confunda realidad y leyenda**, y que no se tenga una idea clara de la verdadera figura de Rodrigo Díaz. Parte de lo que se cuenta en el poema no es cierto (sobre todo, el rapto y venganza de las hijas del Cid), pero la descripción del personaje, aunque idealizada, se aproxima bastante a su figura. Fue, sin duda, el mejor caballero de su tiempo. Además de su valor y su fuerza, **destaca por ser un enorme estratega.**

Campeador. El sobrenombre con el que se le conoce da una idea de sus pasos: **los árabes le llamaron Cid**, que quiere decir señor (*sidi*), en señal de respeto, temor y admiración; Campeador significa "vencedor en el campo de batalla", pues el joven Rodrigo nunca perdió ningún duelo. Nació en Vivar, cerca de Burgos, en 1048 y falleció en Valencia el 10 de julio de 1099, cansado y muy afectado por la muerte de su hijo, al que **mandó a guerrear junto a las huestes del rey Alfonso VI**. Entre ambas fechas, se desarrolla una vida heroica que parece de leyenda.

Reconquista. No hay espacio suficiente aquí para recrear su biografía. Si te interesa, acude a *El Cid histórico* (Planeta), de Gonzalo Martínez Díaz, la obra más completa, aunque demasiado académica. Quizás para iniciarte en su figura no estaría de más que curiosearas ***Mi primer Cid* (Espasa)**, una novela para jóvenes basada en los hechos históricos. Para darte una idea de la grandeza de Rodrigo Díaz, sólo diremos que se cree que si el Cid hubiese tenido el poder de Alfonso VI, su rey, la Reconquista española podría haber finalizado entonces en vez de cuatro siglos más tarde.

(AULA El mundo 15/10/2007)

Así comienza el *Cantar de Mio Cid*:

1. ***El Cid convoca a sus vasallos; éstos se destierran con él. Adiós del Cid a Vivar.***

(Envió a buscar a todos sus parientes y vasallos, y les dijo cómo el rey le mandaba salir de todas sus tierras y no le daba de plazo más que nueve días y que quería saber quiénes de ellos querían ir con él y quiénes quedarse.)

A los que conmigo vengan que Dios les dé muy buen pago; también a los que se quedan contentos quiero dejarlos. Habló entonces Álvar Fáñez, del Cid era primo hermano: "Con vos nos iremos, Cid, por yermos y por poblados; no os hemos de faltar mientras que salud tengamos, y gastaremos con vos nuestras mulas y caballos y todos nuestros dineros y los vestidos de paño, siempre querremos servirlos como leales vasallos." Aprobación dieron todos a lo que ha dicho don Álvaro. Mucho que agradece el Cid aquello que ellos hablaron. El Cid sale de Vivar, a Burgos va encaminado, allí deja sus palacios yermos y desheredados.

Los ojos de Mío Cid mucho llanto van llorando; hacia atrás vuelve la vista y se quedaba mirándolos. Vio como estaban las puertas abiertas y sin candados, vacías quedan las perchas ni con pieles ni con mantos, sin halcones de cazar y sin azores mudados. Y habló, como siempre habla, tan justo tan mesurado: "¡Bendito seas, Dios mío, Padre que estás en lo alto! Contra mí tramaron esto mis enemigos malvados".

2 ***Agüeros en el camino de Burgos***

Ya aguijan a los caballos, ya les soltaron las riendas. Cuando salen de Vivar ven la corneja a la diestra, pero al ir a entrar en Burgos la llevaban a su izquierda. Movié Mío Cid los hombros y sacudió la cabeza: "¡Ánimo, Álvar Fáñez, ánimo, de nuestra tierra nos echan, pero cargados de honra hemos de volver a ella! "

3 ***El Cid entra en Burgos***

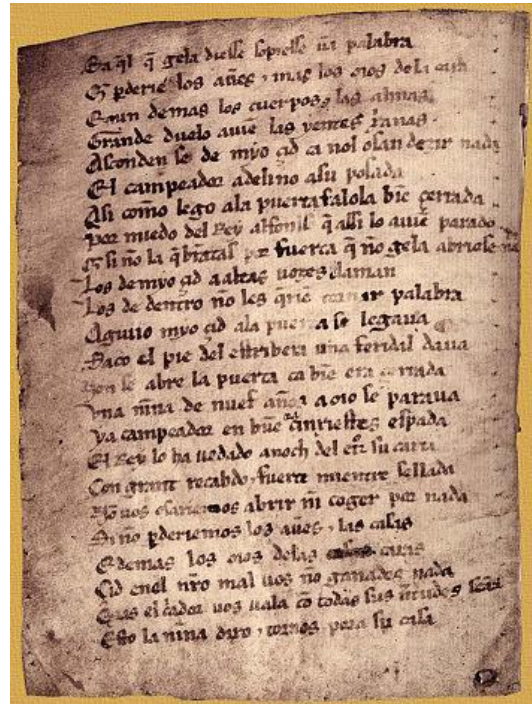
Ya por la ciudad de Burgos el Cid Ruy Díaz entró. Sesenta pendones lleva detrás el Campeador. Todos salían a verle, niño, mujer y varón, a las ventanas de Burgos mucha gente se asomó. ¡Cuántos ojos que lloraban de grande que era el dolor! Y de los labios de todos sale la misma razón: "¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!"

4 ***Nadie hospeda al Cid. Sólo una niña le dirige la palabra para mandarle alejarse.***

De grado le albergarían, pero ninguno lo osaba, que a Ruy Díaz de Vivar le tiene el rey mucha saña. La noche pasada a Burgos llevaron una real carta



con severas prevenciones y fuertemente sellada mandando que a Mío Cid nadie le diese posada, que si alguno se la da sepa lo que le esperaba: sus haberes perdería, más los ojos de la cara, y además se perdería salvación de cuerpo y alma. Gran dolor tienen en Burgos todas las gentes cristianas de Mío Cid se escondían: no pueden decirle nada. Se dirige Mío Cid adonde siempre paraba; cuando a la puerta llegó se la encuentra bien cerrada. Por miedo del rey Alfonso acordaron los de casa que como el Cid no la rompa no se la abrirán por nada. La gente de Mío Cid a grandes voces llamaba, los de dentro no querían contestar una palabra. Mío Cid picó el caballo, a la puerta se acercaba, el pie sacó del estribo, y con él gran golpe daba, pero no se abrió la puerta, que estaba muy bien cerrada. La niña de nueve años muy cerca del Cid se para: "Campeador que en bendita hora ceñiste la espada, el rey lo ha vedado, anoche a Burgos llegó su carta, con severas prevenciones y fuertemente sellada. No nos atrevemos, Cid, a darte asilo por nada, porque si no perderíamos los haberes y las casas, perderíamos también los ojos de nuestras caras. Cid, en el mal de nosotros vos no vais ganando nada. Seguid y que os proteja Dios con sus virtudes santas." Esto le dijo la niña y se volvió hacia su casa. Bien claro ha visto Ruy Díaz que del rey no espere gracia.



Y así termina el *Cantar de Mio Cid*:

150

[...]

Con los dos jueces el rey los mojonos señaló que cierran el campo; todos se apartan alrededor. Bien explicado les queda a todos los seis que son que está vencido quien salga del campo que se marcó. La gente despeja el campo, hacia atrás se retiró, a seis lanzas de distancia de la raya se quedó. Ya les sortean el campo, ya les partían el sol, salen los jueces, los bandos frente a frente están los dos. Arremeten los del Cid contra los tres de Carrión, arremeten los infantiles a los del Campeador. Cada uno al adversario que le tocaba atendió. Embrazaban los escudos delante del corazón, bajan las lanzas, envuelta cada cual en su pendón, las caras las inclinaron por encima del arpón, a los caballos los pican con la espuela, y pareció que todo el suelo temblaba cuando el ataque empezó. Cada cual en su adversario tiene puesta la atención. Se juntan los tres del Cid con esos tres de Carrión, ya los tenían por muertos los que están alrededor. Ese buen Pedro Bermúdez, el que primero retó con aquel Fernán González cara a cara se juntó, los escudos se golpean ambos sin ningún pavor. El de Carrión a don Pedro su escudo le traspasó, pero le ha dado en vacío, la carne no le alcanzó, y por dos sitios el asta de su lanza se quebró. El golpe aguanta don Pedro, ni siquiera se inclinó, él ha recibido el golpe, mas con otro contestó. Por la guarnición del centro el escudo le horadó,



todo lo pasa la lanza, que nada se resistió.
 En el pecho se le clava, muy cerca del corazón;
 la loriga en tres dobleces lleva puesta el de Carrión,
 se rompen los dos primeros, el último resistió,
 pero tan fuerte fue el golpe que dio el del Campeador,
 que con túnica y camisa la loriga se le entró
 en la carne; por la boca mucha sangre le salió.
 Se le rompieron las cinchas, ninguna le aprovechó,
 y el caballo, por la cola, en tierra le derribó.
 Por muerto le da la gente que estaba allí alrededor;
 clavada tiene en el cuerpo la lanza; don Pedro echó
 mano a la espada, y el otro, que a Tizona conoció,
 no espera el golpe y confiesa: "Por vencido me doy yo".
 Se lo otorgaron los jueces y don Pedro le dejó.

151

Martín Antolínez vence a Diego

Martín y Diego González se acometen con las lanzas,
 tan fuertes fueron los golpes que se les quebraron ambas.
 El buen Martín Antolínez echa mano de la espada,
 todo el campo relumbró, era tan limpia y tan clara.
 A su enemigo dio un golpe que de través bien le alcanza,
 el casco que lleva encima a un lado le derribaba
 y las correas del yelmo del golpe quedan cortadas;
 el acero hasta la cofia y la capucha llegaba,
 y todo, capucha y cofia, con la espada se lo arranca,
 el pelo le va rozando, hasta la carne se entraba,
 trozos del yelmo y la cofia por aquel campo rodaban.
 Cuando descarga este tajo la tan preciosa Colada
 comprende Diego González que con vida no se escapa,
 tira riendas al caballo para que vuelva la cara,
 la espada lleva en la mano, mas no se atreve a emplearla.
 El buen don Martín entonces le arremete con la espada,
 un golpe le dio de plano, que de filo no le alcanza.
 Allí oyerais al infante las grandes voces que daba:
 "Váleme, Señor glorioso, líbrame ya de esta espada".
 El caballo refrenó, por escapar de Colada,
 fuera del campo le lleva, don Martín dentro quedaba.
 "Don Martín, venid acá, el rey Alfonso gritaba,
 por todo lo que habéis hecho la lid está bien ganada".
 Y aquello que dice el rey los jueces lo confirmaban.

152

Muño Gustioz vence a Asur González El padre de los infantes declara vencida la lid Los del Cid vuelven cautelosamente a Valencia Alegría del Cid Segundos matrimonios de sus hijas El juglar acaba su poema

Quiero contaros ahora algo de Muño Gustioz,
 y con ese Asur González cómo se las arregló.
 Muy grandes golpes se dieron en los escudos los dos.
 Asur González, que era muy forzado y de valor,
 el escudo le traspassa al buen don Muño Gustioz;
 tras de pasarle el escudo la armadura le quebró,
 mas no le coge la carne, la lanza en vacío dio.
 Cuando este golpe recibe, otro da Muño Gustioz,
 por la guarnición del centro el escudo le partió,



no se pudo resguardar, la armadura le rompió,
 le hiere a un lado del cuerpo, que no junto al corazón,
 por la carne se le ha entrado la lanza con el pendón,
 al otro lado del cuerpo más de un palmo le asomó,
 un tirón le dio a la lanza, de la silla le movió
 y al ir a sacar la lanza en tierra le derribó:
 rojos han salido el asta y la punta y el pendón.
 Que estaba herido de muerte todo el mundo se creyó:
 Muño recobra la lanza y a rematarla marchó,
 pero el padre del infante grita: "No le hiráis, por Dios,
 vencido ha sido en el campo, esta lucha se acabó".
 Los jueces dicen: "Así lo hemos oído los dos".
 Que despejaren el campo el rey Alfonso mandó,
 las armas que allí quedaron él para si las tomó.
 Se van como muy honrados los tres del Campeador,
 que ya han ganado esta lucha, por gracia del Creador.
 Muy grandes son los pesares por las tierras de Carrión.
 A los del Cid que de noche salgan el rey les mandó
 para que no les asalten ni tengan ningún temor.
 De día y noche marchaban, que muy diligentes son,
 ya los tenéis en Valencia con el Cid Campeador:
 por malos dejaron a los infantes de Carrión,
 bien cumplieron el mandato que les diera su señor.



¡Cuánto se alegra de aquello Mío Cid Campeador!
 Envilecidos se quedan los infantes de Carrión.
 Quien a damas escarnece y así abandona a traición,
 que otro tanto le acontezca o alguna cosa peor.
 Pero dejemos ya a esos infantes de Carrión,
 muy pesarosos están de sus castigos los dos.
 Hablemos ahora de este que en tan buenhora nació.
 ¡Qué grandes eran los gozos en Valencia la mayor,
 por honrados que quedaron los tres del Campeador!
 La barba se acariciaba don Rodrigo, su señor:
 "Gracias al rey de los cielos mis hijas vengadas son,
 ya están limpias de la afrenta esas tierras de Carrión.
 Casaré, pese a quien pese, ya sin vergüenza a las dos".
 Ya comenzaron los tratos con Navarra y Aragón,
 y todos tuvieron junta con Alfonso, el de León.
 Sus casamientos hicieron doña Elvira y doña Sol,
 los primeros fueron grandes pero éstos son aún mejor,
 y a mayor honra se casan que con esos de Carrión.
 Ved cómo crece en honores el que en buenhora nació,
 que son sus hijas señoras de Navarra y Aragón.
 Esos dos reyes de España ya parientes suyos son,
 y a todos les toca honra por el Cid Campeador.
 Pasó de este mundo el Cid, el que a Valencia ganó:
 en días de Pascua ha muerto, Cristo le dé su perdón.
 También perdone a nosotros, al justo y al pecador.
 Éstas fueron las hazañas de Mío Cid Campeador:
 en llegando a este lugar se ha acabado esta canción.



FIN

(Versión modernizada de Pedro Salinas)

Un romance sobre el CID:

Del singular concilio habido en la ciudad de Roma

A concilio dentro en Roma
 el Padre Santo ha llamado;
 por obedecer al Papa,
 allá fue el rey don Fernando;
 con él iba el Cid Ruy Díaz,
 muchos señores de estado.
 Por sus jornadas contadas
 en Roma se han apeado;
 el rey, con gran cortesía,
 al Papa besó la mano;
 no lo quiso hacer el Cid,
 que no lo había acostumbrado.
 En la iglesia de San Pedro
 don Rodrigo había entrado,
 viera estar las siete sillas
 de siete reyes cristianos
 viera la del rey de Francia
 junto a la del Padre Santo,
 y la del rey su señor
 un estado más abajo.
 Vase a la del rey de Francia,
 con el pie la ha derribado;
 la silla de oro y marfil
 hecho la ha cuatro pedazos.
 tomara la de su rey
 y subióla en lo más alto.
 Habló allí un honrado duque,

que dicen el Saboyano:
 -¡Maldito seas, Rodrigo,
 del Papa descomulgado,
 porque deshonraste un rey,
 el mejor y máspreciado!
 -Dejemos los reyes, duque,
 ellos son buenos y honrados,
 hayámoslo los dos solos
 como muy buenos vasallos.
 Y allegóse cabe el duque,
 un gran bofetón le ha dado.
 El Papa, cuando lo supo,
 al Cid ha descomulgado;
 oyéndolo don Rodrigo,
 ante el Papa se ha postrado;
 -Si no me absolvéis, el Papa,
 seríaos mal contado,
 que de vuestras ricas ropas
 cubriré yo mi caballo.
 El Papa, padre piadoso,
 tal respuesta le hubo dado:
 -Yo te absuelvo, don Rodrigo,
 absuélvote de buen grado,
 con que seas en mi corte
 más cortés y mesurado.

Anónimo

